

A propósito de “Otros Saberes”

por GUSTAVO GUTIÉRREZ

Deseo, en primer lugar, expresar mi más sincero agradecimiento a los organizadores de este encuentro, especialmente a la doctora Joanne Rappaport, Presidenta de LASA, por la invitación a estar con Uds. en esta tarde y tener la oportunidad de reencontrarme con viejas amistades.

El tema escogido para esta conferencia, “Otros Saberes”, es sumamente sugestivo y oportuno. Esos saberes los tenemos a lo largo y ancho de nuestro continente, constituyendo una diversidad que, tiempo atrás, no fue suficientemente respetada y que hoy todavía lucha por serlo, ella tiene mucho que aportar a la convivencia social de nuestros países. A esa diversidad se refería José María Arguedas, poeta y antropólogo, afirmando que el Perú es un país de “todas las sangres”, frase que puede aplicarse, con mayor o menor intensidad, a toda América Latina y al Caribe.

Esos “otros saberes” están presentes, sobre todo, en pueblos, culturas, situaciones que, a su vez, se encuentran en los sectores más pobres y marginados de nuestras naciones. Hay excepciones, por supuesto, pero ello no invalida esta afirmación. La pobreza es una realidad compleja, no se limita, sin que esto signifique negar su importancia, a lo económico. Hay otros factores como los que, con alguna ligereza, seguimos llamando raza, el color de la piel, ser mujer, hablar mal el idioma dominante en su país, orientación sexual y varios otros, todo esto da lugar a una insignificancia social que los margina y los oprime. De esta complejidad habla la Biblia, y la asume la teología hecha en América Latina que se refiere al pobre como el “insignificante”, “el que no cuenta”, el “no persona”, y del que Hannah Arendt decía que no tiene derecho a tener derechos. Esta situación refuerza la inmensa desigualdad social y humana que se vive en nuestro continente.

Entrar en el mundo de ‘otros saberes’, ensancha nuestro horizonte y nos hace tomar distancia de ciertas maneras de ver las cosas. Pero, ante todo, es un reconocimiento de la dignidad humana de las personas que han creado esos saberes y viven a la sombra de ellos, pero que no han cesado de recrearlos; como todo lo humano, se mueven en la historia y no dejan de dialogar con ella. Sin duda, esto reclama un acercamiento personal y una mirada en profundidad. Hay que “mirar lejos” decía el Papa Juan XXIII, y buscó hacerlo, es una fórmula válida para todo esfuerzo de comprensión de acontecimientos inéditos que reclaman tiempo y discernimiento.

Hace unos momentos me he referido a las situaciones de pobreza en las que se anidan hoy esos saberes. De alguna manera, pensando siempre en nuestro continente, considero que el reconocimiento y la valoración de esos saberes son una importante contribución para hacer respetar la dignidad humana de los pobres.

Para ello se requiere tener clara una meta que sostenga, en una mirada en profundidad, el compromiso de poner nuestros estudios y conocimientos para rechazar la inhumana pobreza en la que muchos viven y padecen. Hay una palabra algo maltratada en los últimos tiempos por tirios y troyanos, unos la ven como un sinónimo de ilusión, de falta de realismo, de irracional, y otros como un pretexto de imposiciones inaceptables o enarbolada por minorías que se consideran dueñas de la verdad. No faltan, sin embargo, aquellos que con mayor fidelidad a los orígenes de ese término la consideran indispensable e inspiradora. Me refiero a la palabra Utopía, creada por Tomás Moro, no sin un cierto humor inglés, puesto que, literalmente, u-topía significa: ‘sin lugar’...

Corrientemente vinculamos la utopía, ante todo, y a veces solamente, con el futuro y sus posibles consecuencias de desilusión y de maniobras. Walter Benjamin, va más allá, para él “la utopía más que de esperanza de un futuro mejor, viene de la memoria del sufrimiento”. De la memoria del sufrimiento’, es decir en tierra dura, en el dolor de personas concretas, en los refugiados de hoy, en los que por siglos no ven respetado su dignidad de seres humanos, allí están las raíces de una auténtica utopía. Es una perspectiva hondamente humana, es solidaridad con el otro, sobre todo con los sufrientes. Sin embargo, no se trata de ser la voz de los sin voz —como muchas veces se dice y con la mejor buena voluntad— la meta es que los que hoy no tienen voz, la tengan.

Para terminar, un breve apunte. En un momento de la historia de la lengua castellana el término *sabor* (tener gusto) invadió el terreno lingüístico del término *saber* (tener juicio, conocer) vía sus raíces latinas que hablan de distinguir, apreciar, saborear. Les deseo que el intercambio que tendrán acerca de los otros saberes, les resulten interesantes, pero, también, sabrosos.

Gracias amigas y amigos. ■